

quier posición que se halle; ningún ave del Nuevo Mundo le iguala por tal concepto, ni tampoco le aventaja ninguna del antiguo continente. Tal es la impresión que me produjo cuando la ví por primera vez.

»Su vuelo es rápido, y sigue la línea recta, arrastrando el ave majestuosamente sus largas plumas.

»Produce diversos gritos: el de llamada es disilábico, y se puede expresar por *viu viu*: comienza por lanzar un ligero silbido, cada vez más sonoro, y que termina por un grito fuerte, aunque no deja de ser armonioso. A veces le prolonga, comenzando con lentitud; aumenta luego en vigor y disminuye gradualmente: también emite otros gritos roncós y discordantes.

»El quésal se alimenta sobre todo de frutos, aunque algunas veces se encuentran langostas en su estómago.»

Al hablar Owen de la manera de reproducirse el caluro resplandeciente, dice lo que sigue: «En una cacería que se verificó en la montaña de Santa Cruz, uno de nuestros compañeros me anunció que había encontrado un nido de quésal á cosa de una milla de Chilasco, y habiéndose ofrecido á matar la hembra y traerme los huevos si le proporcionaba algún ayudante, consentí en ello gustoso. Al cabo de algún tiempo volvió efectivamente, trayéndome lo prometido, y me dijo que halló el nido en un tronco de árbol muerto, á unos veintiseis pies de altura sobre el suelo. La abertura de entrada era exactamente de la dimensión necesaria para que pudiera pasar el ave, y la cavidad tenía apenas el espacio suficiente para que el quésal se pudiera revolver: en el agujero no había nido propiamente dicho. Según los informes de otros montañeses, esta ave se posesiona cuando le es posible del nido abandonado de un pico.»

«Yo creo, añade Salvin, que esta noticia basta para formarse una idea del nido de esta ave. En mi opinión, el macho deja á la hembra el cuidado de cubrir los huevos: dicese que el quésal no anida sino en un árbol hueco y perforado de parte á parte, creencia que se funda en la imposibilidad de figurarse otro nido en el cual no se deteriorasen las largas plumas del macho. Según estos detalles, el ave entraría en su nido por una abertura, y saldría por otra, situada en el lado opuesto. Semejante creencia tuvo su origen en Guatemala, donde me han descrito con frecuencia estos nidos; pero jamás encontré persona alguna que hubiese visto uno por sus propios ojos.»

CAZA.—Para quien sepa imitar bien el grito del macho ó de la hembra, es fácil la caza de esta ave: una reproducción exacta del de la segunda basta para que acudan los machos en todo tiempo y se pongan á tiro; también atrae á las hembras; pero solo en el período del celo, cuando la pasión las excita á empeñar lucha.

Salvin asegura terminantemente que jamás tuvo que esperar mucho tiempo: por lo regular llega la hembra primero y se posa sobre el cazador, que sin hacer aprecio, debe continuar gritando hasta que se presente el macho: rara vez tiran los cazadores á las hembras.

EL CALURO MAGNÍFICO — CALURUS ANTI-SIANUS

CARACTÉRES.—Esta ave se distingue por tener un mechón de plumas sedosas en la raíz del pico; las cobijas de las alas y de la cola alcanzan mucho desarrollo, aunque sin ser prolongadas. Los colores del plumaje vienen á ser los mismos que los de la especie anterior, solo que las tres rectrices externas son enteramente blancas y el pico amarillento. Esta ave mide 6",38 de largo, las alas 0",21 y la cola 0",18 (figura 46).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—D'Orbigny descubrió el caluro magnífico en Bolivia, en los bosques cálidos y húmedos de la provincia de Yungas. Escasea, y es difícil de encontrar, porque elige para vivir la intermediación de las cataratas.

LOS CUCÚLIDOS — CUCULIDÆ

CARACTÉRES.—Esta familia es muy rica en especies y formas, habiéndose descrito hasta ahora cerca de doscientas especies. Los caracteres del grupo son los siguientes: tronco prolongado; alas bastante largas; la cola larga, compuesta de diez á doce plumas; pico comprimido, ligeramente corvo, á veces alto, de ángulo agudo, y cuya longitud es poco más ó menos la de la cabeza; piernas relativamente largas y fuertes, y dedos cortos.

LOS INDICADORIDOS — INDICATORINÆ

Los indicadoridos son, como dice muy bien Cabanis, las especies de la familia que merecen ocupar el primer rango. Ultimamente se ha emitido también otra opinión, según la cual se los clasifica, como lo hace Sundevall, entre los jinguidos y megalémidos, dando á entender que las citadas aves son las más congénicas. Yo creo que no hay ninguna razón para negar la afinidad de los indicadoridos con los otros cucúlidos, reconocida ya por Cabanis y demostrada además por el hecho de que tanto los indicadores como algunos otros grupos de cucúlidos son en cierto modo parásitos.

CARACTÉRES.—Los indicadores se caracterizan por sus formas relativamente recogidas, alas largas, cola corta, pico grueso y pies cortos. El pico, más corto que la cabeza, es casi recto y comprimido lateralmente; la mandíbula superior se encorva en su extremidad en forma de gancho, que cae sobre la superior, la cual se arquea á su vez hácia arriba. Los pies son cortos y robustos; las piernas más cortas que el dedo exterior; los dedos en general largos y bastante fuertes. Las alas, prolongadas y puntiagudas, son sin embargo bastante anchas; de las nueve rémiges de la mano, la tercera es la más larga, y la cuarta y quinta solo un poco más cortas. La cola, de regular longitud, se compone de doce rectrices, es redondeada y se trunca un poco en el centro, porque las dos plumas del centro son un poco más cortas que las inmediatas, y las exteriores mucho más que todas las otras. El plumaje es abundante, liso y duro; cada pluma se inserta fuertemente en la piel, que es gruesa.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los indicadores pertenecen principalmente al África; hasta ahora, solo se han encontrado dos especies en Sikhim y Borneo.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Viven en los bosques por parejas, rara vez por reducidas bandadas; vuelan de un árbol en otro y dejan oír entonces su voz fuerte y armoniosa. «A pesar de su escasa talla y de su plumaje oscuro, dice Heuglin, son todos fáciles de reconocer desde lejos por su vuelo singular, así como por el tinte blanco de sus rectrices externas.» Son aves muy populares en África, y todos las conocen en las regiones que habitan. Los más antiguos viajeros hacen mención de ellas; é indican una particularidad que debe serles común. Parece, en efecto, como si quisieran comunicar á los otros animales, y al hombre mismo, todo cuanto observan de curioso; vuelan al rededor de ellos, y diríase que con sus gritos y movimientos los invitan á seguirles. «Todos los indígenas, desde el Cabo hasta el Senegal y Abisinia, saben

que le conducirán así al sitio donde haya un enjambre de abejas; pero también suele darse el caso de que el ave atraiga al hombre junto al cadáver de un animal lleno de larvas de insectos, cuando no persigue con sus gritos al mismo león ó al leopardo.» Barber niega la exactitud de esta última noticia, fundándose en sus observaciones. Tanto él como sus nueve hermanos que todos han nacido y vivido mucho tiempo en África, dicen que los indicadores indican solo los enjambres de abejas, sin hacer caso de otros objetos.

Hasta estos últimos años no hemos llegado á conocer cómo se reproducen los indicadores: ahora sabemos que son parásitos, que no se cuidan de su progenie y la confían al cuidado de otras especies.

De los relatos de los viajeros resulta que todos los indicadores observan esencialmente las mismas costumbres; y por lo tanto nos bastará la reseña de una sola especie.

EL INDICADOR DE SPARMANN — INDICATOR SPARMANNI

CARACTÉRES.—El indicador de Sparmann, el *kerkerie* y *harharriet* de los abisinios, tiene el plumaje de color pardo gris en su parte superior, gris blanquizco en la inferior y negro en la garganta; en la región de las orejas se ve una mancha blanca pardusca y otra amarilla en los hombros; algunas plumas de los muslos presentan líneas longitudinales negras; las rémiges son de un tinte pardusco gris; las tectrices de las alas tienen un ancho bordé blanco; las plumas centrales de la cola son pardas, y las dos siguientes de ambos lados del mismo color en las barbas exteriores y blancas en las interiores; las tres últimas de los dos lados son blancas, con la punta parda. El iris tiene este último color; los círculos oculares son de un gris de plomo; el pico blanco amarillento y los pies de un gris pardusco. La longitud de esta ave es de 0",18; las alas miden 0",115, y la cola 0",07 (fig. 47).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El indicador de Sparmann está diseminado en toda el África, desde el Cabo hasta el 16° de latitud norte. Parece, no obstante, que solo es ave de paso en ciertos países del Sudán oriental, y particularmente en el Habesch: solo la he visto una vez, y aun entonces no hizo más que cruzar por delante, de manera que no puedo hablar por propias observaciones, al paso que todos los viajeros que han recorrido el mismo país que yo, han podido estudiarla detenidamente. Heuglin cree que habita en el Sudán y en el Habesch desde el mes de setiembre al de abril, pues jamás vió individuo alguno durante la sequía. Yo puedo asegurar que ni aun en la estación de las lluvias tuve la suerte de ver un individuo en las márgenes del Nilo Azul.

También Antinori, que después de Heuglin y de mí, visitó el país de los bogos, dice que la especie es rara y que no la ha visto sino cuatro veces: y al contrario de Heuglin, en los meses de marzo, julio y setiembre. Respecto á su escasez, este naturalista dice que su reducido tamaño, su sencillo color y la costumbre de vivir en árboles frondosos son razones suficientes para que no se la vea fácilmente, si bien se deja conocer, cuando vuela, por los extraños contornos de la cola, descubriendo su presencia por su conocido grito. Estas aves son por lo demás tranquilas é inclinadas á la soledad; trepan lentamente por el ramaje, y solo se dejan oír cuando algún objeto extraño llama su atención, sobre todo si descubren nidos de avispas ó enjambres de abejas.

El viajero Ludolf, cuya historia de Etiopía se publicó en 1681, es el primero que habla del indicador. Sabe positivamente, aunque no habla por experiencia, que esta ave indica al hombre cuanto llama su atención, no solamente los nidos de abejas, sino también los búfalos salvajes, los elefantes, los

tigres y las serpientes; y que conduce al cazador hácia el animal ó el objeto que descubre.

Lobo, cuyo viaje por Abisinia se dió á luz en 1728, hace mención también de esta ave, expresándose en los siguientes términos: «El moroc ó indicador de miel tiene la singular propiedad de descubrir los nidos de las abejas. En el país (Abisinia) se ven muchos de estos insectos de diversas especies, algunos de los cuales están domesticados como los nuestros, y hacen su miel en colmenas; otros hay salvajes que depositan la suya, unas veces en el hueco de un árbol y otras en un agujero practicado en tierra, teniendo cuidado de conservar los muy limpios, y cubriéndolos tan perfectamente, que rara vez es posible encontrar estos nidos sin el auxilio del moroc, aunque suelen hallarse en los caminos frecuentados. La miel fabricada debajo de tierra es tan buena como la de nuestras colmenas, si bien me ha parecido un poco más negra; y me inclino á creer que con esta fué con la que se alimentó San Juan en el desierto. Cuando el moroc descubre algún nido de abejas, dirigese al camino; si ve pasar á cualquiera, entona su canto, agita las alas, y por diversos movimientos invita al viajero á que le siga. Apenas observa que le han oído, vuela de un árbol á otro hasta llegar al paraje donde las abejas han encerrado su tesoro, y entonces comienza á cantar melodiosamente. El abisinio se apodera de la miel, y siempre deja una parte para el ave, en recompensa de su delación.»

A fines del siglo último, Sparmann trazó una descripción completa de las costumbres del indicador, y todos los naturalistas sucesivos confirmaron su relato. Verdad es que Le Vaillant pretende que Sparmann no ha visto jamás al indicador, y que no hace sino repetir lo referido por los hotentotes; pero como Le Vaillant no rectifica los asertos de aquel naturalista, y si por otra parte se atiende á que los datos facilitados por él acerca de la reproducción del ave son erróneos, no podemos dar completo crédito á sus alegaciones.

«El *cucillo descubridor de la miel*, dice Sparmann, merece con justo motivo un artículo separado, y creo que este es el lugar en que debemos hablar del asunto. El ave no ofrece nada notable por su tamaño ni color: á primera vista se la tomaría por un gorrión ordinario, aunque es algo más grueso y de un tinte más claro; tiene una manchita de color amarillo en cada espaldilla, y las plumas de su cola presentan alguna mezcla de blanco.

»Según he dicho antes, por su propio interés descubre esta ave á los hombres y á los rateles los nidos de abejas, pues ella misma es muy aficionada á la miel, y sobre todo á sus huevos; y sabe que todas las veces que se destruye uno de estos nidos, se derrama siempre un poco de la sustancia, siquiera no se la deje el hombre en recompensa de sus servicios.»

Le Vaillant refuta con razón este parecer, diciendo que los indicadores que habitan en parajes despoblados no pueden esperar semejante recompensa por sus servicios, y que sin embargo viven; de modo que el ave no sirve al hombre con intención, sino que este se aprovecha de la particularidad de aquella.

«El medio, así continúa Sparmann, que emplea para comunicar su descubrimiento, es tan extraordinario como maravillosamente adecuado al objeto.

»La tarde y la mañana son las horas en que el indicador tiene más apetito, ó por lo menos, entonces sale más comúnmente; y con sus penetrantes gritos *cherr, cherr, cherr*, parece que trata de llamar la atención de los rateles, de los hotentotes ó de los colonos. Raro es que unos ú otros no acudan al paraje donde se oye el grito; entonces el ave, repitiéndole sin cesar, vuela con lentitud de trecho en trecho hácia el punto donde se halla el enjambre de abejas. Es preciso que

los que siguen al indicador procuren no asustarle con algun ruido extraordinario ó por llevar demasiada gente; conviene mas bien hacer lo que uno de mis boschesmans, muy práctico en aquella operacion, el cual contestaba al ave con un ligero silbido, como para dar á entender que se atendia á su llamada. He observado que cuando los nidos de abejas están un poco léjos, el indicador franquea largos espacios, y descansa por momentos, esperando á su compañero de caza, y animándole con nuevos gritos á que le siga. Pero á medida que se acerca al nido, acorta el espacio de sus estaciones, produce su grito mas á menudo y repite sus *cherr* con mayor fuerza. He visto tambien, con gran asombro, lo que varias personas me habian asegurado antes, y es, que si el ave, impaciente



Fig. 46.—EL CALURO MAGNÍFICO

ridad de que el nido no está léjos cuando, despues de recorrer una parte de camino, se detiene el indicador y deja de gritar.

» En un paraje donde nos detuvimos un par de dias, mis hotentotes fueron guiados por un *cuclillo de las abejas*, cuyas señales parecian dudosas y ambiguas. Hizoles adelantar y retroceder varias veces, llevándoles siempre al mismo sitio; y entonces, uno de los hombres, mas atento que los otros, comenzó á buscar con cuidado y halló el nido.

» Despues de haber desenterrado ó descubierto los nidos de las abejas, gracias al auxilio del ave, reconocidos los hotentotes, le suelen dejar una buena porcion de aquella parte del panal que contiene los huevos y las crias. Este pedazo, el peor á nuestros ojos, es probablemente el mas delicado para el indicador, y ni aun los hotentotes le desprecian. Me han dicho que cuando un hombre toma por ocupacion buscar nidos de abejas, no debe ser al principio demasiado generoso con la oficiosa ave, y si dejarle solo una parte suficiente para despertar su apetito, pues la esperanza de obtener mejor recompensa, le excitará á conducirlo de nuevo á otro nido, si conoce la existencia de alguno en las inmediaciones.

» Aunque en los alrededores del Cabo hay muchas abejas

por llegar, deja muy atrás al cazador, retrasado por la desigualdad y obstáculos del terreno, vuelve cerca de él, y con sus redoblados gritos, que revelan mas impaciencia todavia, parece reprenderle su lentitud. Por último, llegado al nido de las abejas, bien se halle en una grieta de roca, en el hueco de un árbol ó en algun agujero subterráneo, se cierne al momento sobre él durante algunos segundos (yo mismo he sido dos veces testigo del hecho); despues se posa silenciosamente, y suele ocultarse en algun árbol ó matorral próximo, para ver qué sucederá, con la esperanza de obtener su parte de botin. Es probable que el ave se cierna siempre mas ó menos tiempo sobre el nido de abejas antes de ir á esconderse; pero no siempre se fija en ello la atencion, pues se tiene la segu-

silvestres, no se conocia el ave, ni su propiedad de descubrir la miel. Cuando oí hablar por primera vez del hecho en Grootvaters-bosch, estaba muy persuadido de que me contaban fábulas, sobre todo despues de haber visto en aquel punto á un hotentote que corria inútilmente tras de una de estas aves. Debo añadir, sin embargo, que el bosque era muy espeso y casi impenetrable, y el ave menos familiar y mas reservada que en los cantones mas lejanos. Mis hotentotes de Buffeljagts-rivier y de Zwelendam me dijeron que en estos dos lugares de su nacimiento habian conocido al ave; pero que escaseaba mucho, y que á causa de asustarse fácilmente, no les dirigia hácia la miel tan pronto ni con tanta seguridad como los indicadores que hallamos en el desierto, cerca de Kautkai ó Vish-rivier.

» Los habitantes de Bruntjes-hoogte llaman á esta ave *honing-waiser* (guia de la miel): aunque la ví en aquel punto una vez, y muy á menudo en el desierto, no pude tirar contra una sino á mi vuelta. Disparé el tiro cuando revoloteaba delante de mí invitándome á que la siguiera; y mis boschesmans llevaron muy á mal mi conducta. Aunque prometí á mis hotentotes de Zwelendam un buen regalo de tabaco y cuentas de vidrio si querian ayudarme á cazar un indicador, negáronse

á ello, pues el ave era demasiado querida para que pensarán en sacrificarla traidoramente.»

Cumming refiere que se enciende yerba fresca á la entrada del nido, sacando luego la miel, de la cual se da una parte al guia; y que si se contesta silbando á su gorjeo, conduce al hombre á un segundo y tercer nido. Gurney dice haber encontrado langostas en el estómago de un indicador; pero que tambien ha visto al ave posarse sobre una colmena y atrapar al paso las abejas que entran ó salian. Confirma asimismo el hecho de que los cafres recompensan los servicios de su guia, y que apenas queda el nido al descubierto, se acerca el animal para coger los panales que le dejan.

Kirk nos ha dado últimamente pormenores minuciosos sobre la manera de conducirse el indicador cuando ve un indígena de la region del Zambézé. Revoloteando de rama en

rama por los árboles inmediatos al viajero, y profiriendo su grito, el ave llama la atencion de aquel; cuando el hombre le contesta como suelen hacer los indígenas, silbando y mirando sus piés, toma cierta direccion, se posa á corta distancia y salta de un árbol á otro. Si el hombre sigue, avanza mas y mas, y así le conduce hasta la inmediacion de la colmena; llegado aquí, aléjase, pero no indica el enjambre mismo; se necesita cierta experiencia para encontrarle, aunque el ave haya señalado un círculo circunscrito. Kirk ha observado tambien que cuando el hombre, despues de seguir algun tiempo la direccion indicada, se va por otra parte, el ave vuelve para indicar un segundo nido en otro sitio. Lo malo es que á menudo conduce al hombre á un nido de abejas domésticas, por la sencilla razon de que estas son las mismas que las silvestres, con la única diferencia de habitar las *musin-*



Fig. 47.—EL INDICADOR DE SPARMANN

gas ó colmenas que se colocan cerca de los árboles para que los insectos tomen posesion de ellas. El ave conduce indistintamente á los nidos con miel y á los que carecen de ella, y tan satisfecha parece cuando se sacan los panales llenos de larvas como cuando contienen miel.

En sus expediciones contra las abejas, su espeso y duro plumaje protege al indicador contra las picaduras de los insectos. Fácilmente se explica que estos defiendan su cria; pero ninguno de los observadores modernos nos ha dicho que la lucha entre el ave y las abejas puede tener un desenlace funesto para la primera. Solo Levillant nos habla sobre esto. Los indicadores persiguen sin duda, no solo á las larvas de las abejas y congéneres de la oruga vellosa, sino tambien á otros insectos; y Atmore dice, en contestacion á varias preguntas de Layard, que la especie del grupo indicado ya por Kirk osa acometer á los pájaros pequeños, los cuales devora con la misma voracidad que los lánidos, y que él mismo mató un individuo en el acto de cebarse en un gorrion cogido al vuelo á la vista del observador.

Levallant asegura que el indicador pone tres ó cuatro huevos blancos sobre la madera podrida de los huecos de árbol, y que ambos sexos se ocupan en cubrirlos. Esta noticia es, sin embargo, inexacta, como lo han demostrado las observaciones de Verreaux. Estos naturalistas encontraron huevos y polluelos de varias especies de indicadores en nidos de lánidos, picos, oriólidos y otros; y siento mucho no tener en este momento á mi disposicion el relato de los citados viaje-

ros, pues debo limitarme al extracto dado por Hartlaub. «La hembra pone su huevo blanco y brillante en el suelo, y lo lleva con el pico al nido de otra ave, del cual saca uno de los que encuentra. Cuando el pequeño indicador se ha desarrollado un poco, lo cual sucede al cabo de un mes, segun las observaciones de Verreaux, el macho y la hembra le alimentan, excitándole á abandonar el nido de sus padres adoptivos. Verreaux observó que una misma hembra puso sus tres huevos en los nidos de tres diferentes aves pequeñas. Tambien Atmore designa al indicador observado por él como parásito, y dice que deja cubrir sus huevos por un pico ó por un megalémido.

LOS CUCULINOS—CUCULINÆ

CARACTÉRES.—Los cuculinos tienen formas esbeltas; el pico del largo de la cabeza, ligeramente corvo, bastante delgado y ensanchado en la base; patas cortas ó medianas; alas largas, estrechas y puntiagudas; la rémige tercera suele ser la mas larga; cola larga, redondeada ó cónica, compuesta de doce pennas; el plumaje, bastante espeso, no encaja sólidamente en la piel; sus colores varian, pero segun el sexo, y particularmente la edad.

Resulta de las observaciones de Nitzsch, que la estructura interna de los cuculinos (se toma para estudio el cuclillo de Europa) ofrece las siguientes particularidades: Tienen 12 vértebras cervicales, 7 dorsales y 7 cóxigeas; de los siete pares